**EXTREMEÑAS**

**EL DIALECTO**

La lengua que emplea Gabriel y Galán en sus poesías extremeñas, él mismo con cierta injusticia, la califica de «Jerga». A Mariano de Santiago—uno de sus mejores amigos—le escribe en cierta ocasión ante el temor de que no sea de su agrado «la jerga lingüística de la gente de por aquí, que es graciosa y pintoresca y expresiva para oírla pronunciar, pero nada para escrita y leída con nuestro acento, porque de ese modo pierde su sabor local.

Es indudable que en la poesía influye, y es preciso estudiar, la raza, el paisaje, la estirpe y el lenguaje. Se repite con frecuencia que «El lenguaje, como tal, repercute de modo directo en la formación de la poesía, reacción que se sustraen a la conciencia, pero de la que nos ofrecen testimonio poetas e investigadores».

Al sur de la Sierra de Gata, entre las Hurdes y la Sierra de Herrera, existe un área de pueblos que algunos siguen casi el curso del río Alagón, y otros más separados, en la que se conserva este dialecto gatuno, como son: Puerto de la Villa, Granadilla, Zarza de Granadilla, Guijo de la Granadilla, Santibáñez el Bajo, Montemoroso, Villanueva de la Sierra, Palomero y Santa Cruz de Pantiagua. Este fenómeno expresivo y retardatario obedece principalmente al aislamiento de un terreno fragoso donde la falta de comunicación directa entre dos comunidades próximas es la que determina su alejamiento idiomático.

Las zonas montañosas con relación a las llanuras ofrecen ventajas para la conservación del idioma. Vicente García de Diego señala estas cualidades, y afirma que los grados de vitalidad de cada dialecto, casi siempre, están en razón directa de su aislamiento.

Este dialecto pertenece al grupo leones. La zona leonesa se va estrechando y diluyendo hacia el Sur, quedando limitada y alcanzando sólo pequeñas áreas y fenómenos sueltos en Salamanca y Extremadura.
Hace ya muchos años presenciamos, por esta cordillera en dirección a la Peña de Francia, pueblecitos como Miranda del Castañar y Mogarraz, por las Batuecas, en las que la ausencia de carreteras y ferrocarriles, permitieron conservar, a través de varios siglos, hábitos, ajuares, utensilios, arquitectura y una raza vigorosa de tiempos primitivos viviendo sus costumbres arcaicas.

El poeta y profesor Rodríguez Perera, que estuvo de maestro en Santa Cruz de Paniagua, nos decía que las gentes hablaban el mismo dialecto que el de las «Extremeñas» de Gabriel y Galán. Nos contó como anécdota curiosa de folklore el baile de la maná, en visperas de boda de los mozos y mozas del lugar. Los hombres, uno a uno, echan un baile con el novio y al acabar lo besa. Las mujeres, del mismo modo, bailan con la novia y al terminar se besan. La fiesta se desenvuelve al aire libre, en la plaza de Santa Cruz. Frente a la Iglesia. Es el motivo coreográfico dispuesto por la costumbre secular para que los novios reciban los regalos de sus familiares e invitados.

Eosos días solemnes las mozas con sus refajos y pañuelos calzan las botas para bailar. Santa Cruz de Paniagua está a unas tres leguas al Norte de Guijo de Granadilla.

En este pueblo vivió Gabriel y Galán al casarse, después de abandonar su escuela de Piedrahita, dedicado en cuerpo y alma a dirigir la labor de los parientes de la mujer. Desde que nació en Frades conocía y amaba el campo, sentía predilección hacia el paisaje, dominaba los quehaceres campesinos y supo llegar al corazón de aquellas gentes, sencillas y honradas. El trato diario y su cultura y castellana, fueron motivo de sus observaciones y aprehensiones de aquel dialecto de la Alta Extremadura.

Es tarea pesada señalar todos los cambios y variaciones de este léxico arcaico y cantarino. El suceso más característico es la mudanza de las terminaciones en e para convertirlas en i: hombri, arruquis, nen... Esto mismo sucede en el castellano poético de Berceo: Buscarli, contolis, tizoli. En cambio los sonidos de las palabras que acaban en o se convierten en u: lindu, pintau, solu. Los arcaísmos de estos brotes o flecos lingüísticos del antiguo leones, abundan. Gª de Diego en la parte fonética del leones observa que la o final tiene o u y u normal: paso

El pretérito indefinido de todos los verbos lo contraen de manera especial. En vez de, «dieron», dijon. La aspirada es tan frecuente como en el resto de Extremadura. «Paeici un angelínus de los de la iglesia» «Encoreitos», en cueros. «Jateuls», Guelui. Se pierden algunas sonoros a causa del cierre de las vocales y existen contracciones como tarma en vez de «tarama» y abundan los diminutivos en inopresentativos, y lo que hace es tratar de reproducir gráficamente pero como no ofrece acotaciones ni utiliza los signos fonéticos (sería además extraño y hasta ridículo hacerlo así al escribir una poesía) no nos damos cuenta ni percibimos claramente el valor de esos...
sonidos que él quiere expresar en esa escritura hasta cierto punto ordinaria, o mejor, no fonética.

El poeta de Prades, buscaba al escribir estas poesías Extremeñas, reflejar lo más fielmente posible los sentimentos del campesino extremeno de aquella área, como luego lo hará Chamizo en la baja Extremadura, y trataba, como un medio más, muy adecuado, de reproducir su manera de hablar íntegramente, es decir, reproduciendo su pensamiento, su vocabulario y los mismos sonidos. Este fue el motivo de que a Unamuno le gustara tanto «El Cristo Bendito».

Se pueden resumir las características dialectales de las «Extremeñas», a nuestro modo de ver, en la forma siguiente:

1.º Aspiración de la H, la J y la S, finales de palabra.
2.º Cierre de la e) (i) y de la o) u finales.
3.º Abundantes arcaísmos de mucha raigambre en la región donde se escribieron.
4.º Vulgarismos propios del lenguaje campesino y rústico.
5.º En la aspiración de la H, J, S, se asemenje este dialecto al andaluz y varias comarcas del dialecto leonés y resto de Extremadura.
6.º El cierre de e) (i) (u) es un rasgo típico del leonés.
7.º Los vulgarismos y arcaísmos se encuentran con frecuencia en las hablas rurales.
8.º Otra característica muy típica de distintas regiones y zonas dialectales extremeñas son diminutivos en ino, muy abundantes en los extremeños.

Gabriel y Galán es el hombre elegido para llevar a cabo esta empresa poética dialectal. Su inteligencia superior al medio, lo colocó en una situación predilecta para observar las costumbres, la raza y la lengua en toda su impureza arcaica. Los lazos familiares y el constante bregar con los campesinos y pejiguerales le hicieron fácil establecer esta relación entre el dialecto y la poesía dialectal. Sus pasiones aldeanas, su amor a la justicia y a la defensa de los humildes, fueron también de un valor extraordinario para que vibrase su alma de poeta en tan bellas e ingenuas estrofas, ungido por la gracia de Dios.

LAS POESÍAS


La penúltima titulada «A Plasencia» es un elogio a la ciudad, escrita en castellano. Sin duda el editor lo incluyó en el grupo, por tratarse de un pueblo extremeño. Y la poesía final, sólo las últimas estrofas son dialectales.
Una de las más populares y, sin duda, una de las más valiosas de todas, por su espiritualidad, es «El Cristu benditu». En Abril de 1899 ya estaba escrita. Le dice a uno de sus buenos amigos: «Para que te entretengas un ratito enviaré cualquier día unos versos extremenños escritos para mi Jesús. (Los papás somos todos medianos con los hijos). Sabemos que es un canto paternal inspirado en la emoción que produce el primer hijo. En la primera parte siente la desgana de la vida, sin sentido, sin una gran ilusión. El poeta, presa de la melancolía, sube a la Ermita a pedirle al Cristo un remedio para su mal espiritual. Y el Señor le concede, a la mujer del vate, la gracia de la fecundidad y a él el amor paternal.

¿Qué guapo es mi nen!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué gueno es el Cristu
de la ermita aquella!

Gabriel y Galán era muy buen amigo de Unamuno, a quien visitaba con frecuencia en Salamanca y lo consideraba como a su maestro. Le preparó el poeta por aquel mismo año, «una lista de palabrezas del pueblo» y envióle una de las primeras copias del «Cristu Benditu» que Unamuno le pidió con mucho interés. El recitador Salmantino llevó esta poesía extremeña a Madrid, leyéndosela a A. Balart le encantó y excitaba después a Gabriel y Galán a que pusiera un testamento de poesías. Creyó Unamuno que Balart le pondría un Salvador Rueda, fuera de sí, exclamaba: «¡Eso es poesía, eso y no alquimia!».

Acazo en esta composición, como en todas las «Extremenñas», haya algún descuido retórico en cuanto a medida se refiere. Es un que a los eruditos, por la constancia y sencillez de los temas pudiese parecerles uniforme.

Algo debió indicarle Unamuno cuando Gabriel y Galán, en Enero de 1901, le escribió: «De los versos nada le digo, sino que he escrito mucho en ese lenguaje (jerga le llama inevitable si se continua en ello. Así me pareció oírse también a clásicamente de ido a elegir unos que tienen rima y metros iguales a los de los versos de Cristu Benditu».

En los bailes populares también parece que se observa la extensión en el alma mística de la persona humana. Son notas que llaman con variaciones ni modificaciones estilísticas que los espíritus cultos son sentimientos del alma moderna. Además, la reiteración en arte no va uniformidad. Y eso que la poesía y la música popular, encarnan sencilla expresión de siglos lejanos en una constante repetición, sin capacidad para enriquecer, añadiendo al fondo eterno y quieto ideas y quiere decir, sencillamente, repeticiones. Es un fenómeno emotivo que los músicos emplean casi siempre en sus obras creacionistas y tiene un valor incalculable. Es el mismo tema repetido en tonos y puede ser el diálogo entre diversos instrumentos. El poeta insiste en su fase feliz con reiteraciones sentimentales que producen el efecto deseado.

—¿Ondi jugaron los tiempos aquellos...
—¿Ondi jugaron aquellos sentires...
—¿Ondi jugaron aquellos pensares...

Y termina con un ritornelo que expresa, con más fuerza, el sentimiento del artista gracias a la constante reiteración de las preguntas y a las reiteraciones de las respuestas:

¡Ya no gúelvin los tiempos de altónices
ya no tenga ilusionis de aquellas
ni jago aleleyas, ni jago comedias,
i jago cantaris
pà cantalos con una vigüela!

Pudiera también incitar a la monotonía, la vulgaridad de los temas, de amores y contrariedades, de las faenas del campo, de los sucesos diarios en el pueblo entre gentes sencillas y humildes; pero ello sucede en apariencia, porque en el fondo es el poeta su inspiración, el que transforma idílicos o disgustos, quehaceres campesiños, sucesos populares, dándole con la palabra de la abracadabra, un intimo sentido emocional, que ilumina el paisaje con la nueva luz de su alma.

Comparemos estas poesías extremeñas de Gabriel y Galán con los cuadros del pintor Hermoso. El uno, en la Alta Extremadura, el otro en Fregenal de la Sierra. No olvidemos el terreno, la sierra frente al llano, es un factor importante para el estudio del arte y sobre todo del arte popular. El cuadro de «La Juma», «La Rafa y sus amigos» causó, en el mundo artístico, una verdadera conmoción. El público de las Exposiciones quedó asombrado y los críticos de arte de toda España, ensalzaron con dittambos aquella sorpresa pictórica. Hermoso quedó consagrado, en aquel momento, como una verdadera gloria nacional. A raf del triunfo definitivo, los siguientes certámenes artísticos llenaronse de pañuelos de sandía, de frutas y colorines, sin que apareciese en tantos cuadros de asuntos populares ninguno que se aproximase al realismo idealista y emocional de los lienzos del pintor de Fregenal.

Con las poesías extremeñas y, en general, con la producción literaria de Gabriel y Galán, sucedió algo semejante. En los comienzos de este siglo y los últimos años del XIX, la poesía y en general el arte regional obtuvo un éxito franco y decidido. Crítica y público coincidían en elogiar esta producción artística. Ya la Fernán Caballero, Carolina Coronado, y especialmente Rosalia de Castro, con
Curros Enriquez y los poetas catalanes alcanzaron un gran prestigio popular y doctoral. El arte, a compás de los ideales políticos regionalistas, ensanchó sus límites localistas propagándose por todo el ámbito regional.

La obra poética de Gabriel y Galán se impuso desde el primer momento. Los críticos señalaron con merecidos elogios su aparición. Agotaronse las ediciones y las Revistas literarias, como «La Ilustración Española» y el «Blanco y Negro», insertaban con frecuencia sus composiciones castellanas y extremeñas. Después se ha ido apagando aquel aplauso convertido en aún más oveja, y las nuevas tendencias estéticas y gustos modernos se han impuesto.

Juan Maragall decía al frente de las «extremanías»: «Lector», he aquí un libro de poesías.

Y no sería menester más prólogo que estas seis palabras si lo que solemos llamaros poetas o críticos no profanásemos cien veces al día el santo nombre de poesía y no te habiéramos hecho perder el sentido de esta palabra tan grande. Te ofrecemos a cada paso el juego de unas cuantas palabras muertas, arregladas en artificio de embalsamadores de cadáveres, en un determinado ritmo de soledad exterior, y te decimos: «Ahi tienes poesía». ¡Menorl! Y tú, por esa mera docilidad con que aceptas cuanto te dice en letras de molde, acoges nuestra mentira como verdad, y crees que es poesía, mejor o peor, según exteriormente suena, pero poesía al fin y todo, que se te da bajo tal título; ¿y quién padece más por ello sino aquel nombre santo? Porque, pienso bien, lector: tú lees y oyes recitar juegos de palabras que halagan más o menos tu sentido musical y hasta a veces tu sentido ideal.

Y continuó el crítico y maestro de la literatura nacional en Cataluña:

—Todo el libro es así, vivo: todo él escrito en ese lenguaje desarrapado, es decir, vivo; escrito en dialecto, como la «Llana» y la «Divina Comedia»; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, la que necesita de un brotar en dialecto, y te diré por qué.

«Dialecto, según el clásico sentir la corrupción de una lengua, pero si bien lo piensas, dialecto es la constante germinación de las tierras de las palabras; todos salen de ella y todos vuelven a ella: allí renacen, y se mueven, en fin, en toda la libertad de su naturaleza, en tu movimiento, y cuando una lengua quiere definirse en un cuerpo, aquella lengua muere momificada en su perfección. Pues bien, la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpitante, el misterioso ritmo de un origen divino en la boca del pueblo que es madre tierra. ¿Qué irá a buscar el poeta en las hojas de herbarios de un Diccionario de la Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No: el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de este es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido.»

Se pregunta Maragall porque el poeta que dominaba el castellano literario no había de expresar con igual fuerza el sentimiento de la vida en aquel lenguaje. Y se contesta: «Porque la pasión humana sincera y viva, él la sentía brotar en el ambiente popular que respiraba, en esa lengua extrema de las gentes, que le rodeaban, de cuya vida él participaba en amor, que es el alma de la expresión humana, de esas gentes para los que él era un padre, que le contaban sus cuitas, que le sometían sus conflictos, que le pedían coplas para sus cantares, que le adoraban...»

Tú imaginabas tal vez los futuros clásicos formándose ahora en las peñas de los Cincos, en los sillones de las Academias o en los Sleepings del sudexprés de París. No: los clásicos españoles del siglo XX que a mí me parecen descubrir ya. Así Varicte Medina que allá en un rincón de Murcia canta el alma murciana en su dialecto, y también María Gabriela de Galán, en el ya glorioso lugar de Guijo de Granadilla compuso el libro de «extremanías».

El poeta pone en la literatura castellana si sus futuros clásicos son los otros y no estos.

Este momento español de nuestra poesía que describe como tanto garbo la pluma de Juan Maragall, es el instante de más alta estima de nuestro literato, el que le permite el lanzamiento de las palabras que no se cumplen. En el ruido ibérico, tal vez inspirados en las nuevas corrientes artísticas que vienen de Francia, tal vez directamente o a través del poeta nicaragüense, surgen otros cantares de más amplitud, de cantos más universales que consiguen apoderarse de las minorías, que aceptan los nuevos derroteros artísticos. Así surgen una serie de nombres: García Lorca, Salinas, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y otros muchos que modifican y satisfacen el gusto moderno. Así aparece la constelación de primera magnitud: Antonio Machado con su fondo de un humanismo tan profundo y tan personal que enardece el temperamento poético de sus discípulos y seguidores, mientras que los poetas regionales y la poesía dialectal, se van esfumando en la memoria de las gentes, sin que pueda desaparecer. Queda siempre entre las cenizas del rescoldo, una llama imperrecedera donde van a refugiarse el frío de las grandes ciudades, un público sano, tal vez provinciano y aldeano que siente el caloriclo emocional de aquella sencillez poética nacida al conjunto de Gabriel y Galán en el humilde pueblo de Guijo de Granadilla. Y no es tan minoritario el número de estos lectores que conservan vivo el antiguo entusiasmo a los que se unen otros nuevos, acaso decepcionados por la oscuridad poética en que se desenvuelven los últimos estilos estéticos, cuando sucedése sin tregua las
ediciones de las «Extremaduras» a lo largo de los años hasta el momento actual.

«Varón» con el inmortal estribillo de «¡Me gieden los hombres que son medio jembras!», es un canto lugareño a la hombria, a la raza y a la tradición. Cómo los padres ven a sus hijos en vueltos en las suavidades afeminadas de los nuevos tiempos que van borrando las huellas de la fortaleza y masculinidad de aquellos. En los pueblos se lucha con esta oposición en todos los órdenes de la vida, que si las novedades suavizan las costumbres campesinas y los mozos se van distanciando de la rica tradición, se oye a diario las quejas y protestas de los padres y abuelos que tratan de conservarla a todo trance. En estas alternativas de lo nuevo y de lo antiguo, en estos vaivenes entre el pretérito y el futuro, va evolucionando la vida, las costumbres, la moral, con la lentejía que pone en ella el tira y afloja de una sociedad moderna y conservadora, que subsiste gracias a esta armonía de contrarios.

Una nota humana y trágica la da Gabriel y Galán con «El embargo» donde interviene el espíritu de justicia hasta llegar a los más íntimos sentimientos amorosos del hombre, capaces de levantar una tormenta de odios y amenazas contra el juez si fuere capaz de tomar «a esa cama, ondi ella s’a muerto». Con elementos populares de una sencillez formal, refleja el alma y la pasión humana con vientos de tragedia.

La filigrana de toda esta colección de poemas, como una grácil camiseta de garúa de Tenaglia de Teniers radica en «Sibarita», de una ingenuidad puerperera, indudablemente inspirada en lo real. Es la gracia caudalosa y breve de los deseos modestísimos de bienestar a que aspira la pobre pejuguera para gozar de la vida material, porque según declara tan sólo me gusta —que dali gusto —el cuerpo». Es el hombre sencillo que aspira al gozo de vivir mejor con los medios que las circunstancias le incitan a su alcance.

«Los postres de la merienda» responden a otra tónica de lo social del poeta. Nacido en un hogar sencillo de la aldea, siente hacia el labriego un cariño de hermano y sufre con él las tristezas y amarguras de un vivir trabajoso, esbozado por la codicia y el egoísmo de amor... En un gesto de paciente rebelia frente a la injusticia del trabajo en el campo pesado, y, entonces, mal retribuido, es el gesto amargo del desheredado de la fortuna al sentir el bárbaro acicate del poderoso para que trabaje sin conciencia, más y más.

Alfa es el gesto altivo del mozo enamorado que pidiendo la paz en la rueda del pueblo, irrumpe cuatro o seis rondadores: —que invadieron la calle —donde el mozo le cantaba —cantes a su morena. Desafía valiente el hombre a los «Camberos», en un gesto de altivez dispuesto a jugarse la vida por el amor a la mujer. Otro rasgo de la raza expresado en breves estrofas que van caracterizando el espíritu extremeno de este rincón serrano.

Todas las cualidades del vivir cotidiano y campesino ha pulsado la lira de Gabriel y Galán. Nos parece un tanto monótono ir describiendo todos los medios de sus composiciones, en las que algunas de ellas carecen del prístino aliento del Cristus Benditu, pero que forman un conjunto original y de una fuerza poética vigorosa.

Esta poesía eminentemente popular coincide con los propósitos de la literatura realista de aquella época al querer amoldar, aún fonéticamente, el lenguaje real al que hablan sus personajes. A pesar de las dificultades de su mismo léxico, acaso ganen en humana representación.

Poseen dramatismo o gracia, emoción pintoresca y valor documental del espíritu costumbriista que arrastraba desde el siglo XIX.

Respecto a la métrica el poeta se toma ciertas libertades. En el Cristus Benditu emplea versos de diez sílabas distribuidos a capricho con otros de seis sílabas y parecen aconsejados; pero en algunos momentos las rimas en o y u tienen la misma validez fonética.

En el poema titulado Varón sucede igual y adquieren el mismo valor rítmico las terminaciones en i, y en e. Otra vez se repiten en El Embargo, estas características.

La Embajadora está compuesta de octosilabos en estrofas de cuatro versos a veces doblados (de ocho). En estas últimas estrofas de ocho riman:

Campos vírgenes se desarrolla en estrofas de cinco versos que riman 1.º, 3.º y 5.º, 2.º y 4.º y 1.º y otros octosilabos.

El cantar de las chicharras tiene estrofas de ocho versos octosilabos. Los tres primeros cortados por un dodecasilabo otros tres octosilabos y remata un dodecasilabo.

A Plasencias, castellana por su lenguaje, tiene estrofas de cinco versos octosilabos y riman 1.º, 2.º y 4.º, 3.º y 5.º.

Llegamos al límite de espacio que nos hemos impuesto dada la índole literaria de estas cuartillas, sin otras pretensiones que la de unir nuestra brizna de hierba a los magníficos trabajos que verán la luz en las páginas de la Revista Alicantana, que ha tenido el acierto de ofrecerlas a la memoria de José María Gabriel y Galán con el motivo de cumplirse este año los cincuenta de su muerte.

Hay en estas poesías extremenas, sobre todo, un caudal inmenso de sinceridad envuelto en una forma auténtica y profunda, campeña, humilde, pero al mismo tiempo fuerte, primitiva. Tiene esta música ideal entonada con tosco instrumento, aun por su ancestral fonética, algo de un himno casi prehistórico, ibérico, en donde se cantaba el gozo de la fecundidad —hablo del Cristus Benditu—, en este caso el gozo de la fecundidad humana, el haber nacido un hijo; pero se refleja, también, el sentimiento campesino de eterna admiración que siente por la tierra, por su tierra, germinal y eternamente fecunda, que colma sus esfuerzos al reproducir y multiplicar las semillas que vierte en su seno la mano del hombre.

Enrique SEGURA